

Friedrich Stieve

**LO QUE
EL
MUNDO
NO
QUERIA**

Proposiciones de paz
de Hitler de 1933 a 1939

Friedrich Stieve

**LO QUE
EL
MUNDO
NO
QUERIA**

Proposiciones de paz
de Hitler de 1933 a 1939

Publicado por el Servicio alemán de Información.

Los enemigos de Alemania aseguran hoy que Adolf Hitler es el mayor perturbador de la paz en la Historia, que amenaza a todos los pueblos con la agresión y la opresión, y que ha creado una espantosa maquinaria de guerra para sembrar a su alrededor la desolación y la desgracia. Con elocuente virtuosidad callan, empero, un hecho decisivo: que ellos mismos son los que llevaron finalmente al Caudillo del pueblo alemán a desenvainar la espada; que ellos mismos son los que obligaron por último a tener que conquistar con las armas lo que desde buen principio procuró conseguir por la persuasión: la seguridad de su país. Y esto lo hicieron, no sólo declarándole la guerra el 3 de septiembre de 1939, sino barrándole ya mucho antes, paso a paso, durante siete años, el camino para llegar a una inteligencia con él.

A través de toda la actuación de Adolf Hitler desde el principio de acción en favor del pueblo alemán, se destaca como una línea luminosa el intento constantemente repetido de inducir a los Gobiernos de los otros países a una renovación común de Europa. Pero ese intento fracasó cada vez debido al hecho de que en ningún sitio se estaba dispuesto a entrar de lleno en él, porque en todas partes dominaba el antiguo maleficio de la Guerra Europea, porque en Londres y en París y entre los vasallos de las potencias occidentales no existía más que una voluntad: la de perpetuar la violencia de Versalles.

Una breve ojeada a los acontecimientos más importantes, nos da la prueba más irrefutable de ello.

Cuando Adolf Hitler se hizo cargo del Poder, Alemania se encontraba tan impotente y amordazada como lo habían querido los vencedores de 1918. Completamente desarmada, con un Ejército de sólo 100.000 hombres, que únicamente debía servir en su interior como fuerza de Policía, se hallaba en medio de un cerco estrechamente cerrado de enemigos armados hasta los dientes y aliados entre sí. A los antiguos enemigos del Oeste: Inglaterra, Bélgica y Francia se habían sumado otros en el Este y en el Sur creados artificialmente, sobre todo Polonia y Checoslovaquia. La cuarta parte del pueblo alemán había sido separada violentamente del seno de la madre patria y entregada al Extranjero. El Reich amputado por todos los lados y privado de todo medio de defensa, podía convertirse cualquier día en víctima propicia e indefensa del primero a quien le apeteciera.

Entonces hizo Adolf Hitler por primera vez su llamamiento a la razón del mundo. El 17 de mayo de 1933, pocos meses después de su nombramiento como Canciller del Reich, pronunció en el Reichstag un discurso del que entresacamos los siguientes párrafos:

“...Alemania estaría dispuesta también, sin más ni más, a disolver toda su organización militar y a destruir el pequeño resto de armas que le ha quedado, si las naciones vecinas hacen completamente lo mismo.

...Alemania está dispuesta igualmente a renunciar en absoluto a la distribución de armas de ataque, si dentro de un tiempo determinado renuncian igualmente a estas armas las naciones armadas, y si por una convención internacional se prohíbe el subsiguiente empleo de las mismas.

...Alemania está dispuesta en todo momento a renunciar a las armas de ataque, si el resto del mundo renuncia igualmente. Alemania está dispuesta a adherirse solemnemente a todo pacto de no agresión, y ello porque Alemania no piensa en el ataque sino en su seguridad”.

La respuesta no la dió nadie. Como si nada siguieron los otros llenando sus arsenales, aumentando sus depósitos de explosivos y acrecentando sus tropas. Al mismo tiempo declaraba la Liga de las Naciones, órgano de las potencias vencedoras, que Alemania tenía que pasar primero por un “tiempo de prueba”, para que se pudiera tratar con ella sobre el desarme de los otros pueblos. El 14 de octubre de 1933 se desligó Hitler de la Liga de las Naciones, con la que no había modo de entenderse. Poco después, el 18 de diciembre de 1933, sin embargo, volvió a hacer otra propuesta para el mejoramiento de las relaciones internacionales. Esta propuesta contenía los seis puntos siguientes:

- 1º Alemania adquiere su completa igualdad de derechos.
- 2º Los Estados fuertemente armados se obligan entre sí a no proceder a ningún aumento mayor de su armamento actual.
- 3º Alemania se adhiere a esta convención con el deber, immanente de su libre voluntad, de no hacer de la igualdad de derechos que se le ha concedido más que un uso efectivamente tan comedido, que de él no se infiera el menor peligro ofensivo para ninguna otra de las potencias europeas.
- 4º Todos los Estados reconocen ciertos deberes con respecto a la humanización de la guerra, o dicho de otro modo, a la evitación de ciertas armas de combate en su empleo contra la población civil.
- 5º Todos los Estados se encargan de un control general y uniforme, que examine y asegure la observancia de esas obligaciones.
- 6º Las naciones europeas se garantizan el absoluto mantenimiento de la paz concertando pactos de no agresión, que deberán ser renovados, después de transcurridos diez años”.

En corrección con ella se propuso entonces aumentar el Ejército alemán hasta la cifra de 300.000 hombres, dado que este número era el que correspondía a las fuerzas armadas que “necesitaba Alemania en vista de la longitud de sus fronteras terrestres y en vista de la importancia de los Ejércitos de sus vecinos”,

para resguardar de ataques su amenazado territorio. El paladín de un acuerdo pacífico procuraba, pues, tener cuenta de la falta de voluntad de desarme de los otros, conformándose para su país con un armamento reducido. El cambio de notas resultante, que duró un año entero, concluyó por fin lastimosamente con un No rotundo de Francia. No, que, además, fué acompañado de un enorme aumento de las fuerzas combatientes de Francia, de Inglaterra y de Rusia.

Con ellos empeoraron todavía las condiciones de Alemania. Con ellos se hizo tan grande el peligro para el Reich, que Adolf Hitler se vió obligado a tomar otras medidas. El 16 de marzo de 1935 implantó de nuevo el servicio militar obligatorio. Pero, inmediatamente después de esta medida, hizo otra vez una propuesta de vastas convenciones que tendían a humanizar a fondo toda guerra futura, y ello de un modo tal, que con la supresión de los medios de destrucción se hubiese hecho ésta casi imposible. En su discurso de 21 de mayo de 1935 dijo:

“El Gobierno alemán está dispuesto a participar activamente en todos los esfuerzos que puedan conducir a limitaciones prácticas de armamentos desbordados. El único camino posible lo ve en la vuelta a las ideas de la antigua Convención de Ginebra de la Cruz Roja. En primer lugar sólo en la posibilidad de una supresión paulatina de los medios y métodos de combate que por su condición misma se hallan en contradicción con los principios ya vigentes de la Convención de Ginebra de la Cruz Roja.

El Gobierno alemán cree que, lo mismo que en su tiempo se prohibió el empleo de los proyectiles dumdum y, en líneas generales, se llegó incluso a evitarlo prácticamente, podría impedirse también y evitarse, por lo tanto en la práctica el uso de otras armas determinadas. El Gobierno alemán considera equivocada e ineficaz la idea de suprimir los aviones, admitiendo en cambio el bombardeo. Considera, empero, como factible renegar del empleo internacional de ciertas armas, contrario al derecho de gentes y declarar fuera de la comunidad civilizada, y prescindir de los derechos y leyes de cualquier nación que se sirviera de dichas armas.

También en este caso cree que sería un procedimiento paulatino el que mejor conduciría al éxito. Es decir: prohibición del lanzamiento de bombas de gas, incendiarias y de gran efecto explosivo fuera de la verdadera zona de combate. Esta limitación podría llegar hasta la prescripción internacional completa del bombardeo en absoluto. En tanto, sin embargo, que se permita el bombardeo, es problemática toda limitación del número de aviones de bombardeo teniendo en cuenta la rápida posibilidad del repuesto.

En cambio si el bombardeo se estigmatizara como barbaridad contraria al derecho de gentes, la construcción de aviones de bombardeo tendría que considerarse pronto cosa supérflua e inútil y acabaría por sí misma. Si un día fué posible lograr por

medio de la Convención de Ginebra de la Cruz Roja abolir paulatinamente el que se mataran los heridos o prisioneros indefensos, también ha de ser posible prohibir por medio de una convención análoga la guerra de bombardeo contra la población civil, igualmente indefensa, y llegar finalmente a suprimirla.

En el desarrollo fundamental de este problema ve Alemania una tranquilización y una seguridad de los pueblos mucho mayor que en todos los pactos de asistencia común y todas las convenciones de carácter militar.

El Gobierno alemán está dispuesto a adherirse a toda limitación que pueda conducir a la supresión de las armas pesadas consideradas efectivamente como tales. Estas armas comprenden, primero, la artillería de máximo calibre, y, segundo, los tanques pesados. Teniendo en cuenta lo ingente de las fortificaciones en la frontera francesa la supresión internacional de estas armas de combate daría automáticamente a Francia un ciento por ciento de seguridad.

Alemania se declara dispuesta a adherirse a toda limitación del calibre de la artillería, de los buques de combate, cruceros y torpederos, de la misma manera que está dispuesta a aceptar toda limitación internacional del tonelaje de los barcos de guerra. Asimismo se declara dispuesta finalmente a limitar el desplazamiento de los submarinos e incluso a suprimirlos por completo en el caso de que se llegara a un acuerdo internacional semejante.

Aparte y por encima de todo vuelve a dar la seguridad que se adhiere en absoluto y por todo el tiempo que dure su eficacia, a toda limitación o supresión internacional de armamento”.

Tampoco entonces encontraron el menor eco sus manifestaciones. En vez de ello, alióse Francia con Rusia con objeto de aumentar así todavía su preponderancia en el Continente y de aumentar hasta lo gigantesco su presión contra Alemania desde el Este. Adolf Hitler tenía pues que llevar a cabo una nueva acción para asegurar al Reich en vista de la voluntad destructora del enemigo, que tan claramente se manifestaba. El 3 de marzo de 1936 ocupó de nuevo militarmente la zona del Rin, que desde Versalles, se hallaba desprovista de toda clase de protección militar, cerrando de este modo la gran puerta de invasión del enemigo occidental. Esta medida defensiva, impuesta por la necesidad, fué acompañada otra vez, sin embargo, por un nuevo y grandioso llamamiento a la concordia general y al allanamiento de todas las diferencias. El 31 de marzo de 1936 presentó Hitler la siguiente propuesta de paz:

“1º Para dar a los acuerdos venideros para la seguridad de la paz europea el carácter de Tratados sagrados, las naciones que participen en ellos no intervendrán más que con plena igualdad de derechos y con plena consideración. El único imperativo para la firma de esos Tratados será tan sólo el de la visible y por todos reconocida conveniencia de dichos acuerdos para la paz

européa y, por consiguiente, para la felicidad social y el bienestar económico de los pueblos.

2º Para acortar en lo posible, y en interés de la vida económica de los pueblos europeos, el tiempo de incertidumbre, el Gobierno alemán propone limitar el primer período, o sea hasta la firma de los pactos de no agresión y, por lo tanto, de la garantizada seguridad de paz en Europa, a cuatro meses.

3º El Gobierno alemán, presuponiendo que el Gobierno belga y el Gobierno francés procedan en el mismo sentido, asegura que durante ese tiempo no aumentará en ninguna forma las tropas que se encuentran en la Renania.

4º El Gobierno alemán asegura que durante ese tiempo las tropas que se encuentran en Renania no se acercarán más a la frontera belga ni a la francesa.

5º El Gobierno alemán propone, para garantizar estas seguridades recíprocas, el nombramiento de una Comisión compuesta de representantes de las dos potencias garantes, Inglaterra e Italia, y de una potencia neutral no interesada.

6º Alemania, Bélgica y Francia están autorizadas para nombrar un representante en dicha Comisión. Alemania, Bélgica y Francia tienen el derecho de comunicar a la Comisión de garantía, para su estudio, todo eventual cambio de la situación militar dentro de ese período de cuatro meses, cuando lo crean justificado por determinados hechos.

7º Alemania, Bélgica y Francia se declaran dispuestas a permitir en ese caso que dicha Comisión haga por medio de los agregados militares inglés e italiano las averiguaciones necesarias e informe sobre ellas a las potencias interesadas.

8º Alemania, Bélgica y Francia aseguran que tendrán plenamente en cuenta las objeciones que se hagan.

9º Por lo demás el Gobierno alemán está dispuesto a aceptar, de pleno acuerdo con sus vecinos del Oeste, y a base de absoluta reciprocidad, cualquiera restricción militar en la frontera occidental alemana.

10º Alemania, Bélgica y Francia y las dos potencias garantes acuerdan que, inmediatamente, o, a más tardar, después de celebradas las elecciones francesas, entrarán en negociaciones, bajo la presidencia del Gobierno inglés para concertar un pacto de no agresión o un pacto de seguridad durante 25 años entre Francia y Bélgica por una parte y Alemania por otra.

11º Alemania está de acuerdo en que Inglaterra e Italia vuelvan a firmar como potencias garantes este convenio de seguridad.

12º Si de estos convenios de seguridad se derivasen obligaciones especiales de asistencia militar, Alemania se declara dispuesta a aceptar por su parte dichas obligaciones.

13º El Gobierno alemán repite aquí la proposición de concertar un pacto aéreo como complemento y refuerzo de estos acuerdos de seguridad.

14° El Gobierno alemán repite estar dispuesto a incluir también a Holanda en estos acuerdos de seguridad occidental europea, en caso de que este Estado lo desee.

15° Para dar a la obra de afianzamiento de la paz que, libremente llevan a cabo Alemania por un lado y Francia por el otro, el carácter de solución conciliatoria de una discordia secular. Alemania y Francia se comprometen a hacer que en la educación de las respectivas juventudes así como en las publicaciones oficiales se evite cuanto pueda contribuir a envenenar las mutuas relaciones de los dos pueblos por la humillación, el menosprecio o la torpe intromisión en las cuestiones internas de uno de ellos. Alemania y Francia acuerdan nombrar una Comisión común en la Sociedad de Naciones encargada de transmitir a sus respectivos Gobiernos para su conocimiento y examen las quejas que pudieran presentarse.

16° Alemania y Francia se comprometen, siempre en su deseo de dar a este acuerdo el carácter de un tratado sagrado, a hacerle ratificar por un plebiscito de los mismos pueblos.

17° Alemania se declara dispuesta a entrar por su parte en relación con los Estados de sus fronteras Sureste y Noroeste para invitarlos inmediatamente a concertar los pactos de no agresión por ella ofrecidos.

18° Alemania se declara dispuesta a entrar inmediatamente o una vez concertado estos tratados, en la Sociedad de Naciones. El Gobierno alemán repite aquí su esperanza en que en el transcurso de un plazo prudencial y mediante pacíficas negociaciones se resuelvan las cuestiones de la igualdad de derechos respecto a colonias y la liberación del Estatuto de la Sociedad de Naciones de las cláusulas marcadas por el Tratado de Versalles.

19° Alemania propone designar un tribunal internacional de arbitraje al cual competa velar por la observancia de este complejo contractual y cuyas decisiones sean obligatorias para todos.

* * *

Una vez terminada esta gran obra de afianzamiento de la paz europea, el Gobierno alemán juzga absolutamente necesario el intento de atajar con medidas prácticas la desenfadada carrera de armamentos lo cual sería no sólo un alivio para la Hacienda y la Economía de las naciones sino, ante todo, un término a la tensión de los espíritus.

Pero el Gobierno alemán no se promete nada del intento de soluciones universales que están condenadas de antemano a fracasar y que, por consiguiente, no pueden proponerlas más que aquéllos que no están interesados en que se llegue a resultados prácticos. El Gobierno alemán cree que, respecto a esto, las negociaciones y los resultados conseguidos en la reducción de armamentos marítimos pueden servir de ejemplo y de estímulo.

El Gobierno alemán propone, pues, la convocación ulterior de conferencias pero cada una con una misión bien precisa.

La misión primera y principal es, a su juicio, llevar la guerra aérea a aquella atmósfera moral y humana del respeto de la población civil y a los heridos acordado en su tiempo por la Convención de Ginebra. De la misma manera que, mediante acuerdos internacionales, se ha prohibido el matar a los heridos indefensos y prisioneros, emplear balas dum-dum y hacer la guerra submarina sin advertencia, así tiene que lograr también una humanidad civilizada poner diques al bastardeamiento insensato en el empleo de las nuevas armas sin contradecir los fines de la guerra.

El Gobierno alemán propone, por consiguiente, para esas conferencias estas primeras cuestiones prácticas:

1º — Prohibición de arrojar bombas de gases venenosos e incendiarias.

2º — Prohibición de arrojar bombas de ninguna clase a poblados descubiertos que se encuentren fuera del alcance de la artillería media y pesada de los frentes combatientes.

3º — Prohibición de bombardear poblaciones con cañones de largo alcance, fuera de una zona de combate de 20 kilómetros.

4º — Supresión y prohibición de construir tanques pesados.

5º — Supresión y prohibición de la artillería más pesada.

Si de las conversaciones y acuerdos resultase la posibilidad de otra limitación de armamentos, se tomaría en consideración.

El Gobierno alemán se declara desde ahora dispuesto a adherirse a cualquier arreglo de esa índole siempre que tenga validez internacional.

El Gobierno alemán estima que, aunque no se dé más que un primer paso en el camino del desarme, de su trascendencia para las relaciones de los pueblos entre sí será extraordinaria, haciendo renacer con ello esa confianza que es condición previa para el bienestar público y el desenvolvimiento del comercio.

Para corresponder a los generales deseos de un restablecimiento de relaciones económicas más favorables, el Gobierno alemán está también dispuesto a entrar inmediatamente después de concluído el tratado político, y con arreglo al espíritu de las proposiciones hechas, en un cambio de ideas sobre cuestiones económicas con los países en cuestión, contribuyendo en la medida de sus fuerzas al mejoramiento de la situación económica en Europa y de la Economía mundial inseparable de aquélla.

* * *

El Gobierno alemán cree haber hecho con el anterior proyecto de paz su aportación para la estructura de una nueva Europa a base del mútuo respeto y de la confianza entre Estados soberanos. Muchas de las ocasiones que Alemania brindó en los últimos años para la pacificación de Europa se han malogrado. Ojalá que se alcance por fin este intento de solidaridad europea.

El Gobierno alemán tiene la firme convicción de que con el presente proyecto de paz ha allanado el camino para lograrla”

El que lea este vasto proyecto de paz se dará cuenta en seguida de cuál habría sido el camino que hubiera seguido el des-

envolvimiento de Europa con arreglo a los deseos de Adolf Hitler. En este proyecto se hallaba la posibilidad de una verdadera reconstrucción, y desde ésta habría podido partir un verdadero cambio radical en pro y beneficio de todos los pueblos. Pero, tampoco entonces, encontró oído alguno el solitario predicador de la paz. Sólo Inglaterra contestó con un cuestionario, redactado, empero, con tal sarcasmo que hacía imposible entrar de lleno en el verdadero sentido de la propuesta. Lo mejor del caso era, sin embargo, que esta misma Inglaterra dejaba ver claramente, al mismo tiempo, sus verdaderas intenciones erigiéndose en protectora de Francia e iniciar, exactamente lo mismo que en los tiempos anteriores a la Guerra Europea, conversaciones militares regulares entre su Estado Mayor y el de la República.

Ya no podía quedar, pues, duda ninguna de que las potencias occidentales seguían los mismos senderos de antes para desencadenar una contienda guerrera, y que preparaban con todo conocimiento de causa un nuevo golpe contra Alemania. En cambio, todo el sentir y querer de Adolf Hitler tendía únicamente a demostrar precisamente a las potencias occidentales, que quería vivir con ellas en la mejor de las convivencias. Numerosos son los pasos dados por Hitler en este sentido en el curso de los años, de los que, cuando menos, citaremos algunos. Con Inglaterra convino el Acuerdo Naval del 18 de junio de 1935, a base del cual la flota alemana no debía llegar más que al 35 por ciento de la flota británica. Con ello quería Hitler demostrar, según sus propias palabras, que el Reich "no tenía la intención, ni la necesidad, ni el poder" de entrar en una nueva rivalidad naval, que era la que, como es bien sabido, había perturbado tan fatalmente sus relaciones con la Gran Bretaña antes de la Guerra Europea.

A Francia le aseguró en tantas ocasiones como se presentaron su deseo de vivir en paz con ella. Expresó repetidamente y sin rodeos su expresa voluntad de renunciar a la Alsacia y Lorena. Cuando el territorio del Saar volvió al Reich en virtud del plebiscito de su población, Hitler declaró el 1º de marzo de 1935:

"Esperamos que con este acto de justicia reparadora y de restablecimiento de la razón natural se mejoren definitivamente las relaciones entre Francia y Alemania. Así como nosotros queremos la paz, hemos de creer que también nuestro gran pueblo vecino ha de desearla y estar dispuesto a consolidarla con nosotros. Ha de ser posible que dos grandes pueblos se den la mano para trabajar de común acuerdo contra las calamidades que amenazan asolar a Europa".

Hasta con Polonia, el aliado oriental de las potencias occidentales quería llegar Hitler a una mejor convivencia, a pesar de que este país se había apoderado en 1919, contra todo derecho y razón, de millones de alemanes, que oprimía desde entonces de la manera más inícuca. El 26 de enero de 1934 firmó con Polonia un pacto de no agresión en el que ambos Gobiernos convenían „po-

nerse en comunicación directa en las cuestiones que afecten a sus relaciones recíprocas, sean aquéllas de la clase que sean”.

Así oponía Hitler en todo sentido su decidida voluntad de paz en contra de los planes enemigos procurando proteger de este modo a su Alemania. Pero cuando vió que en Londres y en París se armaban para la agresión, no tuvo más remedio que tomar otra vez nuevas medidas defensivas. El campo del enemigo se había extendido enormemente, como hemos visto antes, con la alianza de Francia con Rusia, a la que había de añadirse el hecho de que las dos potencias se habían creado en el sur del Reich un nexo de comunicación en virtud del tratado firmado con Rusia por Checoeslovaquia, ya aliada con Francia, como resultado del cual quedaba tendido un puente entre el Este y el Oeste. Checoeslovaquia dominaba, empero, la meseta de Bohemia y Moravia, a la que Bismarck le había dado el nombre de ciudadela de Europa. Y esta ciudadela se adentraba profundamente en el territorio alemán. El peligro para Alemania tomaba, pues, proporciones verdaderamente alarmantes.

Adolf Hitler supo atajarlo de un modo genial. Las circunstancias que empujaban en el Austria alemana a una guerra civil, a causa del régimen de terror del Gobierno de Schuschnigg, le proporcionaron la ocasión de intervenir salvadoramente y de reintegrar al Reich al pueblo hermano del Sudeste, que por la violencia de las potencias vencedoras de 1919, estaba condenado a llevar una existencia lánguida y desesperada de “Estado libre”. Una vez que hubo ganado terreno de este modo junto al nexo de comunicación entre Francia y Rusia, antes mencionado, empezó el proceso de disolución de ese país mixto, compuesto artificialmente de tan distintas nacionalidades, llamado Checoeslovaquia, hasta que después de la liberación del territorio de los Sudetes y de la separación de Eslovaquia del yugo de los checos, hubieron de pedir éstos mismos la protección del Reich. Con ello pasó el puente del enemigo a manos de Adolf Hitler. Con ello se estableció, al mismo tiempo, la comunicación directa con Italia, conquistada ya desde largo tiempo como verdadera amiga.

Durante toda la conquista de esta victoria estratégica en pro de la seguridad de su país no cesó Adolf Hitler de esforzarse con el mayor celo en favor de un arreglo pacífico con las potencias occidentales. En Munich, inmediatamente después de la liberación de los Sudetes, con el asentimiento de Inglaterra, Francia e Italia, firmó un acuerdo con el Presidente de Ministros británico, N. Chamberlain, que decía textualmente:

“Hoy hemos celebrado una nueva conversación y coincidimos en apreciar que el problema de las relaciones germano-inglesas es el de máxima importancia para los dos países y para Europa.

Consideramos el Acuerdo suscrito en la tarde de ayer y el Acuerdo Naval germano-inglés como expresiones simbólicas del deseo de nuestros dos pueblos de no volver a hacerse jamás la guerra.

Estamos decididos a tratar también otros problemas que afectan a nuestros dos pueblos de acuerdo con el método de las consultas, y nos seguiremos esforzando para eliminar toda clase de motivos de disconformidad, para de esta manera contribuir a la seguridad de la paz de Europa.

Adolf Hitler

Neville Chamberlain”.

Dos meses después, siguiendo instrucciones de Hitler, convino el Ministro de Relaciones Exteriores del Reich, von Ribbentrop, el siguiente acuerdo con Francia:

“El Ministro de Relaciones Exteriores del Reich, Excmo Sr. Joachim von Ribbentrop, y el Ministro francés de Negocios Extranjeros, Excmo. Sr. Georges Bonnet han acordado en la reunión que han celebrado en París el día 6 de diciembre de 1938, en nombre y representación de sus respectivos Gobiernos, lo siguiente:

- 1º El Gobierno alemán y el Gobierno francés comparten la convicción de que la existencia de unas relaciones pacíficas y de buena vecindad entre Alemania y Francia, es uno de los elementos esenciales para la consolidación de las relaciones en Europa y para el mantenimiento de la paz general. Ambos Gobiernos están dispuestos, por consiguiente, a trabajar por ello con todas sus fuerzas, para asegurar una estructuración tal de las relaciones entre sus respectivos países.
- 2º Ambos Gobiernos afirman que entre sus países no se hallan pendientes ya más problemas de índole territorial, y reconocen solemnemente como definitiva la frontera entre los dos países tal como discurre en la actualidad.
- 3º Ambos Gobiernos están decididos, a reserva de sus relaciones particulares con terceras potencias, a permanecer en contacto sobre todas las cuestiones que afectan a sus respectivos países y a consultarse, cuando el desarrollo futuro de las mismas pudiera conducir a dificultades de orden internacional.

En fe de lo cual suscriben los representantes de ambos Gobiernos esta Declaración, que entra en vigor desde el momento de su firma.

Hecho por duplicado, en lengua alemana y francesa, en París, el 6 de diciembre de 1938.

Joachim von Ribbentrop
Ministro de Relaciones
Exteriores del Reich

Georges Bonnet
Ministro de Negocios
Extranjeros”.

Según toda humana previsión hubiera podido creerse en este momento que se había abierto el camino para una convivencia

común de todas las potencias importantes y que los esfuerzos de paz del Caudillo alemán habían de verse, finalmente, coronados por el éxito. Pero lo que ocurrió fué lo contrario. Apenas vuelto Chamberlain de Munich a su país tomó las más vastas medidas para el armamento de Inglaterra e inició un nuevo y enorme cerco de Alemania. En lugar de Francia se encargó ahora Inglaterra de la dirección del acorralamiento del Reich, procurando encontrar multiplicada compensación a la pérdida de Checoslovaquia. Empezó negociaciones con Rusia y convino pactos de garantía con Polonia, Rumania, Grecia y Turquía. Eran, pues, señales de alarma de máxima intensidad.

Adolf Hitler se hallaba, precisamente, intentando hacer desaparecer del mundo los enojosos rozamientos con Polonia. Con este objeto había hecho una propuesta de inigualable condescendencia, con arreglo a la cual la Ciudad Libre de Danzig, puramente alemana, debía volver al Reich, y una estrecha carretera a través del Corredor polaco, que en 1919 había destrozado de un modo insoportable el territorio alemán en el Nordeste, tenía que establecer de nuevo la comunicación entre los dos trozos separados. Esta propuesta, que ofrecía a Polonia, además, un pacto de no agresión durante 25 años y otras ventajas, fué rechazada sin embargo en Varsovia, porque sus hombres, en la convicción de ser uno de los principales pilares del frente levantado en Londres contra Alemania, creían poder negar la concesión de cualquier satisfacción por mínima que fuera. Es más, en el mismo convencimiento se volvió Polonia incluso agresiva, amenazó a Danzig y se dispuso a tomar las armas contra Alemania.

Así es como se hacía inminente la hora del asalto al Reich por los países constituidos en sistema. Con un último y desesperado esfuerzo por la paz, salvó Adolf Hitler lo que podía salvarse. El 23 de agosto logró Ribbentrop en Moscú firmar con Rusia un pacto de no agresión. Dos días después hizo el Führer a Inglaterra una última proposición, verdaderamente asombrosa en la que se declaraba dispuesto a "concluir acuerdos con Inglaterra, los cuales, como ya se ha indicado, no sólo garantizaría por parte de Alemania en todo caso la existencia del Imperio mundial británico, sino que, además, asegurarían al Imperio británico en caso necesario la ayuda alemana, donde quiera que esta ayuda sea precisa".

Al mismo tiempo estaba dispuesto a "aceptar una limitación razonable de los armamentos que se aviniese con la nueva situación política y fuese soportable económicamente".

Finalmente aseguraba de nuevo "que no estaba interesado en los problemas occidentales, y que se hallaba fuera de toda consideración cualquier rectificación de la frontera occidental". La contestación a esta propuesta fué un pacto de asistencia mutua firmado el mismo día entre la Gran Bretaña y Polonia, que hacía inevitable el estallido de la guerra. Tanto así que en seguida se decidió en Polonia una movilización general contra Alemania, y

se dió principio a las agresiones efectivas, no sólo contra los alemanes en Polonia, que desde hacía mucho tiempo eran martirizados de un modo espantoso sino, incluso, en el mismo territorio del Reich.

Pero hasta después que Inglaterra y Francia declararon a Alemania la guerra que querían, y en un momento en el que el Reich había vencido ya el peligro en el Este con su gloriosa campaña, todavía entonces hizo sentir Adolf Hitler una vez más su voz en nombre de la paz. Lo hizo, a pesar de que en Londres y en París se estaba predicando precisamente la guerra personal contra él mismo, en una cruzada rebotante de odio. En este momento tuvo todavía el Führer la admirable serenidad y dominio de sí mismo para ofrecer a la opinión mundial un nuevo plan de pacificación de Europa, expuesto en su discurso del 6 de octubre de 1939. Este plan decía lo siguiente:

“La principal tarea, a mis ojos, es el restablecimiento, no sólo de la convicción sino también del sentimiento de una seguridad europea. Para ello es necesario que

1º Se haga absoluta claridad sobre los fines de la política exterior de los Estados europeos. En lo que se refiere a Alemania,, el Gobierno del Reich está dispuesto a exponer con plena y absoluta claridad sus propósitos internacionales. Para ello, empieza por declarar que no considerará ya como existente para él el Tratado de Versalles, es decir, que el Gobierno del Reich y con él el pueblo alemán entero no ven razón ni motivo alguno para otras revisiones, excepto la exigencia de una posesión colonial debida y correspondiente al Reich, y en primer término, por consiguiente, la devolución de las colonias alemanas.

Esta exigencia de colonias está basada no sólo en el derecho histórico que nos asiste en las colonias alemanas sino, ante todo, en el elemental derecho a participar en las fuentes de materias primas de la tierra. Esta exigencia no es una exigencia ultimativa ni es tampoco una exigencia tras de la cual esté la fuerza, sino una exigencia de justicia política y de general sensatez económica.

2º La aspiración a un verdadero esplendor de la economía internacional en relación con el incremento del comercio y del tráfico presupone la ordenación de las economías nacionales, es decir, de las producciones dentro de los diferentes Estados. Mas para facilitar el intercambio de estas producciones hay que llegar a una reorganización de los mercados y a un arreglo definitivo de las monedas, para ir despejando poco a poco los obstáculos que se oponen a un comercio libre.

3º Pero la condición previa y la más importante para un verdadero esplendor de la economía europea y de la no europea también, es el establecimiento de una paz absolutamente garantizada y de un sentimiento de seguridad de todos los pueblos. Esta seguridad no sólo se conseguirá por el definitivo sancionamiento del status quo europeo sino, ante todo, por la limitación de los armamentos a un nivel razonable y soportable económicamente.

A este necesario sentimiento de seguridad pertenece ante todo una aclaración del empleo y de la esfera de aplicación de ciertas armas modernas, aptas por su efecto para penetrar en todo momento en el corazón de cada pueblo, dejando así un sentimiento permanente de inseguridad. Ya en mis anteriores discursos ante el Reichstag he hecho proposiciones en este sentido. Entonces — seguramente porque procedían de mí — fueron rechazadas. Creo, sin embargo, que el sentimiento de una seguridad nacional en Europa no renacerá hasta que no se haya fijado ampliamente en este terreno mediante claros y válidos compromisos internacionales el concepto de la aplicación lícita e ilícita de las armas.

Así como un día la Convención de Ginebra logró impedir al menos en los Estados civilizados que se matase a los heridos, que se maltratase a los prisioneros, la lucha contra los que no tomaban parte en la guerra, etc., y así como en el curso del tiempo se logró que esa prohibición mereciese general respeto, así tiene que lograrse fijar el empleo de la aviación, el de los gases, el del submarino y el concepto del contrabando también, de tal manera que la guerra pierda el horrendo carácter de una lucha contra mujeres y niños y en general contra los que no participan en ella. La recusación de determinados procedimientos conducirá por sí misma a la eliminación de armas que han devenido supérfluas. Ya en esta guerra con Polonia he procurado aplicar la aviación a los importantes objetivos llamados militares o a no hacerla actuar más que cuando había resistencia activa en un sitio. Pero tiene que haber la posibilidad de llegar a una regulación fundamental de general validez internacional, tomando como norma la Cruz Roja. Sólo en estas condiciones y especialmente en nuestro continente densamente poblado, podrá volver una paz, que libre del recelo y de temor pueda ser fundamento de un verdadero esplendor de la vida económica también. Creo que no hay un estadista europeo con sentimiento de responsabilidad que no desee en lo íntimo de su corazón el esplendor de su pueblo. Pero la realización de este deseo no es concebible más que dentro de una colaboración general de las naciones de este Continente. Por eso, el asegurar esta colaboración no puede ser finalidad más que para quien pugne verdaderamente por el futuro de su propio pueblo.

Para conseguir este gran fin tendrán que congregarse las grandes naciones de este Continente para elaborar, adoptar y garantizar un amplio estatuto que les dé a todos la sensación de seguridad, de tranquilidad y, por consiguiente, de paz. Es imposible que se reúna una conferencia así sin una labor previa y fundamental, es decir, sin aclarar los distintos puntos y, sobre todo, sin un trabajo preliminar. Pero es también imposible que una conferencia de esa índole que tiene que decidir para décadas el destino de este Continente precisamente, se reúna bajo el estampido de los cañones o bajo la presión de los Ejércitos movilizados. Y si han de resolverse estos problemas más tarde o más

temprano, sería más sensato proceder a su solución todavía antes de que se desangren inútilmente millones de hombres y se destruyan miles de millones de valor. El mantenimiento del actual estado en el Oeste es inconcebible. Pronto va a traer cada día mayores víctimas. Un día quizá Francia bombardee por primera vez Saarbruck y la deje demolida. La artillería alemana por su parte destruirá en represalia Mülhausen. A su vez Francia someterá en venganza Karlsruhe al fuego de sus cañones y Alemania, a su vez, Estrasburgo. Luego la artillería francesa disparará sobre Friburgo y la alemana sobre Colmar o Schlettstadt. Se instalarán después cañones de más alcance y la destrucción se irá haciendo mayor por ambas partes y lo que por último, no alcancen los cañones lo destruirán los aviadores. Y esto será interesantísimo para cierto periodismo internacional y de gran provecho para los fabricantes de aviones, de armas, de municiones, etc., pero espantoso para las víctimas. Y esta lucha destructora no se limitará al Continente. No, se extenderá al mar. Hoy ya no hay islas. Y el capital nacional europeo reventará en granadas y la energía de los pueblos se desangrará en los campos de batalla. Y un día, empero, volverá a haber una frontera entre Alemania y Francia, pero en vez de ciudades florecientes se extenderán por ella campos de ruinas y cementerios innumerables”.

La suerte de este llamamiento fué la misma que la de todos los que había hecho antes Adolf Hitler en nombre de la razón y en nombre de una verdadera restauración europea. Sus enemigos no le hicieron nunca caso. Cada vez le quedaron a deber la respuesta. Se mantenían obstinadamente aferrados a la posición que habían tomado desde buen principio.

¿Hará falta todavía, ante esta serie de hechos históricos, que aportemos más datos sobre la cuestión del por qué lo hicieron? Los aliados habían creado Versalles, y cuando Versalles amenazaba desmoronarse a pedazos, quisieron la guerra a fin de dejar un Versalles todavía peor. Todos los reproches que le hacen hoy a Hitler y a Alemania, recaen única y exclusivamente en sí mismos y caracterizan su modo de obrar. Ellos son los perturbadores de la paz, los que piensan en la opresión violenta de otros pueblos, y los que tratan de hundir a Europa en la desolación y el más profundo de los caos. Si no fuera así ya habrían acogido hace mucho tiempo la mano que se les extendía, o al menos, la habrían abierto francamente en el último momento para colaborar con sinceridad en una nueva organización. y ahorrar a los pueblos, de este modo, “sangre, lágrimas y gotas de vida transpirada”.

La historia del mundo es el tribunal del mundo. Y en este caso, como en todas sus grandes decisiones, fallará la justa sentencia.

